

EL CAMINO DE LA INTIMIDAD

Polly Döge

página de muestra

Hay numerosas razones por las que tememos la intimidad. Una de ellas es que, al igual que los niños, queremos creer que todo está bien. Tenemos necesidad de creer que estamos bien, que nuestro compañero o compañera está bien, que nuestras relaciones están bien. Tenemos necesidad de creerlo, en parte porque somos fundamentalmente buenos, pero también porque al darnos cuenta de que algo que pensábamos que estaba bien no lo está, significa abrazar el cambio, y el cambio siempre es amenazante para el ego, porque representa lo desconocido, frente al cual el ego no tiene estrategia preconcebida.

Nuestra comprensión de la intimidad es tan deformada, ingenua y autocentrada, como nuestra comprensión de cualquier otra cosa. No deseamos comprender, porque comprender significa ponerse a trabajar.

La intimidad nos muestra que no estamos bien, que nuestro compañero/compañera no está bien y que nuestras relaciones abundan en ultrajes, crueldad y avaricia. Nos muestra que no somos lo que pensamos ser, que nada ni nadie son lo que pensábamos que eran, que nos hemos equivocado en toda la línea en nuestra existencia. Nos muestra que las cosas son aún peores y que fingimos rehuirnos a verlas tal como son, y nos muestra que si fingimos rehusar ver hasta qué grado están mal, no es sino para evitar reconocer hasta qué punto son en realidad terribles. Echamos una larga mirada al espejo y es un monstruo lo que éste nos devuelve.

Por regla general, nuestras relaciones comienzan a hundirse, no cuando descubrimos hasta qué grado nuestra pareja es horrorosa, sino cuando su fealdad comienza a extraer de nosotros una fealdad correspondiente y ponemos un término porque nuestra propia fealdad –no la de nuestra pareja– es más que cuanto podemos soportar. Desde luego, no lo formulamos así; más aún, somos incapaces de formularlo así. No queremos que quien sea nuestra pareja sepa hasta qué grado somos terribles; no queremos saberlo ni nosotros mismos. Porque nuestro mayor miedo –miedo a que fundamentalmente no podamos ser amados tal como somos; miedo a que quienes más nos quieren nos conozcan íntimamente y no podrán hacer otra cosa sino despreciarnos, rechazarnos, tratar de “cambiarlos”, como aquellos a quienes más hemos amado lo han hecho siempre; miedo a que quienquiera que nos conozca íntimamente no sólo haría lo mismo, sino que estaría justificado si lo hiciera; miedo a que ser como realmente somos no puede suscitar sino temor, cólera, desdén o repulsión de parte de quienes deseamos más ardientemente ser aceptados– está implícitamente ligado a toda esta cuestión de la intimidad.